

LA FIESTA había empezado temprano. Los caseríos del camino estaban embanderados. La noche, siempre tan quieta, se llenó de luces, de vivas, de cantos. "El Santiago Wanderers... de Valparaíso..." entonaban grandes y chicos desde la bajada de la Cuesta. Pasaron en triunfo por Curacavi y por Casablanca. Más allá del túnel los radiopatrulleros se hicieron presentes, anticipando, con la necesidad de su resguardo, la euforia popular que los aguardaba. En lo alto de Las Zorras, ahí por el Estadio O'Higgins, empezaron la emoción más grande y la dificultad para avanzar. Bocinas, campanas, sirenas, banderas, insignias tremolando orgullosas a la brisa fría de la noche costera, recibían a los campeones.

Nadie sabe ni puede calcular cuanta gente se voicó en las calles. Hablan de sesenta, de cien mil almas vibrando con ese anuncio que algunas horas antes había estremecido la sensibilidad popular: "¡Wanderers, campeón de fútbol profesional 1958!" Pueden haber sido más o menos; no tiene importancia. La realidad tangible es que una ciudad entera prolongó la noche al conjuro de la emoción por la hazaña deportiva. Que salió de su serenidad y de su silencio habitual para rendir el homenaje que se merecían los vencedores.

Sorprendidos, un poco asustados, sintiendo que empezaba a formarse un nudo en la garganta y que pestañaban mucho, once muchachos, dentro de un vehículo, comenzaban a medir las proporciones de su proeza. A adquirir recién noción de su importancia.

Se justificaban plenamente la reacción del pueblo y la emoción de los jugadores. Sesenta y seis años de vida tiene Wanderers. Sesenta y seis años de identificación plena con Valparaíso. En los albores románticos del fútbol amateur quedaron limitadas sus conquistas por la estrechez del medio, por la reducida repercusión que alcanzaban en esos tiempos los triunfos deportivos. En la nueva era, cuando este deporte adquirió contornos y proyecciones de pasión, Valparaíso se incorporó al "nuevo orden" siguiendo a la divisa verde de Wanderers. Sufriendo con ella muchas decepciones. Alentando muchas veces esperanzas que se derrumbaron sistemáticamente. La explosión de esa medianoche del domingo 30 de noviembre era el desahogo natural de un ansia largamente contenida.

Cuentan que la gente no hallaba qué hacer. Los más

audaces treparon al techo del vehículo. La masa humana bloqueaba todo movimiento de la máquina que llevaba a los campeones. Dos horas duró el trayecto de un recorrido que se hace en unos pocos minutos. No fue mucho, para tantos años de espera...

Valparaíso, con su Wanderers, vivió una jornada histórica en los anales de la ciudad y del deporte. El viejo club culminó toda una vida, dignamente vivida, con su primer título. Ambos, club y ciudad, lo merecían hace tiempo.

Lo merecía también esa gallarda muchachada que recibía el homenaje sin precedentes. Discutidos, criticados muchas veces, tuvieron muchas virtudes por encima de defectos naturales. Su condición de profesionales no ha hecho morir en sus espíritus el entusiasmo, el amor propio con que jugaron antes en el equipo de barrio o en el potrero. Wanderers podrá ser su

(Continúa en la página 6)



REVISTA GRAFICA DE DEPORTES

Director:

ALEJANDRO JARAMILLO N.

PRECIO DE VENTA EN TODO EL PAIS: \$ 150. Suscripciones: Un año, \$ 1.400; seis meses, \$ 750. Recargo por vía certificada: Anual, \$ 1.040; semestral, \$ 520. Suscripciones en el extranjero: Un año, US\$ 8,80. Recargo por vía certificada: América y España, US\$ 1,50. Otros países: US\$ 9,30. Dirección y Administración: Avda. Santa María 8108, 2er. piso, casilla 3954. Fono 392116. Esta revista la distribuye en todo el país y el extranjero exclusivamente la Empresa Editora Zig-Zag, S. A.

Año XVIII — 811 — Publicación Semanal — Santiago de Chile, 11 de diciembre de 1958

LOS DECANOS

TODOS están contentos, muy contentos. El futbolista, desde que se inicia, se fija un escalafón de ambiciones. Primero, llegar a División de Honor. Después, ser Campeón. Ya vendrán las otras, vestir la casaca internacional, salir a Sudamericanos y mundiales, etc. Lo inmediato es aquello. El ascenso desde la modestia y obscuridad de las divisiones inferiores al primer equipo y el título.

Los dieciocho jugadores que presentó Wanderers este año tienen derecho a sentirse pues inmensamente satisfechos. El triunfo final es la suma del esfuerzo común. Del que jugó un partido o dos, como del que los jugó todos.

Sin embargo, hay tres valores del campeón que en justicia se sienten más campeones que los demás. Son los decanos. Los que ya estaban perdiendo las esperanzas de saber lo que es esto. La vuelta olímpica con la enseña extendida, los piques para escapar al ansia incontrolable de los hinchas eufóricos, la defensa desesperada de la camiseta, que ellos quisieran conservar para sí como el mejor de los trofeos, pero que al final, fatalmente, se la quitan. Tres muchachos que persiguieron por años y años la consecución de estos laureles.

Ellos son Jorge Dubost, Francisco Julio y Reinaldo Coloma. Los más antiguos del equipo. Los que, cuando eran muy jóvenes todavía, sufrieron la frustración de sus esperanzas en 1949, cuando Wanderers fue subcampeón por primera vez.

El destino parecía empeñado en que Dubost no saboreara las mieles del triunfo. Esta misma temporada jugó muy poco. Horas antes del último



partido, del match de la consagración, Ledesma enfermó. Y el pequeño gran capitán de otros años tuvo la mejor oportunidad de su vida. Lo contrario de Francisco Julio. Había hecho toda la campaña. Había sido de los que nunca faltaron hasta la última fecha. En Playa Ancha, en el penúltimo partido, una brusca torsión de la pierna lo dejó lesionado. Si la fortuna fue generosa —o por lo menos ecuánime— con Dubost, resultó injusta con Julio. También merecía el tesorero defensa lateral estar en su puesto en el momento culminante, no sólo por su concurrencia de todo el año, sino por su larga concurrencia de diez años casi.

Reinaldo Coloma, allá por 1949, era puntero. José Pérez lo hizo defensa. Pareció entonces un atrevimiento, una osadía, una falta a los cánones clásicos. ¿Cómo podía ser defensa un jugador de un metro cincuenta y siete de estatura, y de 50 kilos, que serían los que pesaba entonces?

Pero Reinaldo Coloma jugó nueve años marcando al puntero izquierdo y lo hizo a entera satisfacción. Esta temporada empezó a sentir el peso de la dilatada campaña sin pausa. Y también claudicó antes de la proclamación.

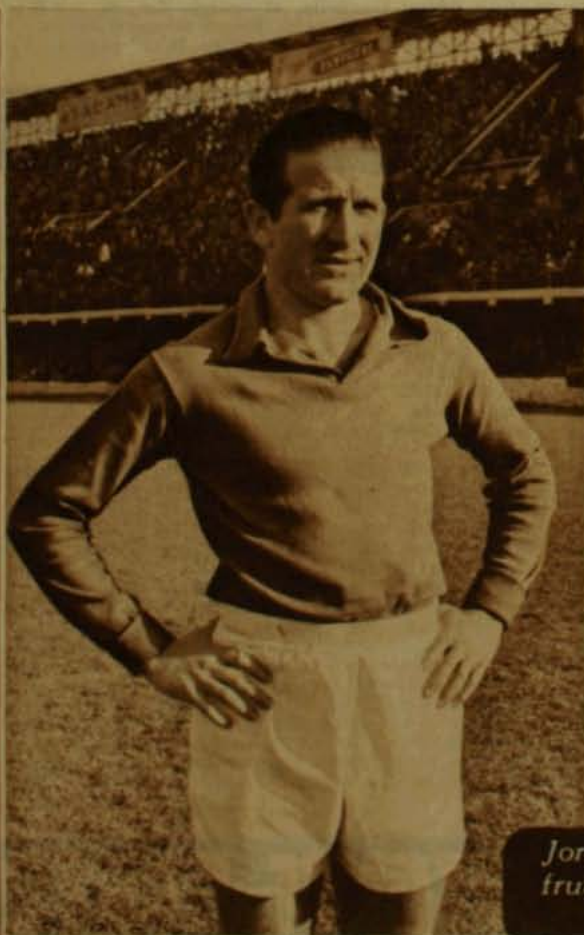
Jorge Dubost tuvo la felicidad y la emoción grande de entrar al campo de la Braden encabezando la fila de Wanderers. En el momento preciso recuperó la capitania. Cuando lo vimos salir nos pareció un símbolo. Representaba casi una década de esfuerzos, de ilusiones que no habían cuajado.

Francisco Julio y Reinaldo Coloma no se atrevieron a ir a Rancagua. "Se sufre mucho desde afuera" nos dijeron los dos. Sufrimiento por partida doble, en su caso. Por no poder aportar su concurso en el momento trascendental, por no poder hacer nada, en el caso de que la suerte fuera adversa, y por no estar vistiendo la casaquilla de toda su vida, en el instante de la explosión final.

Ya pasaron las emociones de la última jornada. Cesó el sofoco del estrujamiento. Se hinchan de orgullo los pechos, y el grito de ¡Campeones! continúa rebotando en los cerros. Todos están muy contentos. Pero estos tres "muchachos del 49" sienten más profundamente la emoción del título. No importa que no hayan estado los tres reunidos en el momento de la consagración. Tienen derecho a sentirse los más campeones de todos, porque son los que desde más antigua data vienen elaborando este momento.

A. V. R.

Jorge Dubost, Francisco Julio y Reinaldo Coloma disfrutan más intensamente del título, porque son los que lo persiguieron más.



EN LA cancha pueden ser duros, ariscos, temperamentales. En la vida privada son alegres, afectuosos, atentos. Se transforman de hombres hoscos, con los dientes apretados, en muchachos amables, con la sonrisa a flor de labios. No son los únicos a quienes hemos visto experimentar este desdoblamiento de la personalidad. Si los hay quienes hasta parecen incapaces de "quebrar un huevo"; como se dice comúnmente. Le decimos a Aldo Alberto Valentini, por ejemplo, que no nos gustaría ser puntero izquierdo y tener que jugar contra Wanderers. Y hasta hacemos como que es necesario asegurarnos las canilleras para conversar con él. El más pequeño de los defensores wanderinos protesta de su inocencia. "He cambiado mucho —asegura—; son cosas de la inexperiencia, cada día voy a ir jugando mejor y más limpio. Un campeón no puede andar a golpes, ¿no le parece?", agrega como muy convencido de una determinación saludable.

Estamos en los salones de la sede de Wanderers. Uno a uno han ido llegando los campeones convocados por teléfono para alternar unos minutos en la intimidad con "ESTADIO". Queremos conocer sus reacciones después del triunfo, recordar algunos episodios de la campaña tan felizmente culminada.

Jesús Picó nos dice: "Tantas veces hablamos estado cerca del título sin llegar a ganarlo, que ahora, terminado el partido de Rancagua y sabiendo que Colo Colo perdía en Viña por 3 a 0, todavía no creía que fuera verdad tanta belleza. Creo que vine a convencerme de que éramos campeones cuando llegamos a Valparaíso y se nos vino encima ese mar humano que nos estaba esperando. ¡No les digo nada el susto que pasé cuando O'Higgins nos empató! Era una de las típicas cosas que le suceden a Wanderers... Pero felizmente, la película terminó bien, con los "jovencitos" paseados en andas"... 1958 será un año inolvidable para

Francisco Julio. Fue el del Campeonato y... el de su matrimonio. Finalizadas las obligaciones profesionales, el back izquierdo porteño contrajo enlace. Sus compañeros le hacen bromas. Se sabe que el defensa wanderino es de los más eficientes y rigurosos en la marcación del adversario. Por eso le dicen: "Ahora te darás cuenta de lo que es la marcación al hombre"...

Julio no quiso ir a Rancagua, ni siquiera oyó el partido por radio. Se fue lejos, al campo. Le pasó lo que más de alguna vez nos sucedió ante un examen. Nos sentimos absolutamente seguros de nuestros conocimientos, pero llegado el



Un alegre grupo en el estadio de Playa Ancha. Mientras Bozalla "decora" el yeso de la pierna de Coloma, hacen rueda regocijada el popular "Gordo" Farra, eficiente ayudante de José Pérez Gardella, el prestigioso comerciante porteño Mario Zanacchi, cuyo café "Hesperia" es el rendez-vous obligado de los wanderinos; Reynoso, y los juveniles Díaz, Poblete y Santana.

Pasada la tensión del Campeonato, los jugadores de Wanderers recobran su verdadera fisonomía. (Escribe AVER.)

En los salones de la sede social de Wanderers, José Pérez parece decirle a Jesús Picó que no es tan difícil conquistar trofeos, como los que adornan las vitrinas, sino saber hacerles honor.

momento de comparecer, la tranquilidad y la confianza se nos vinieron a tierra. "Yo nunca perdí las esperanzas —nos asegura—. Después que ganamos a Colo Colo, en Santiago, se me metió en la cabeza de que nadie nos quitaba el campeonato. En esos momentos malos que tuvimos antes de la recta final, no me preocupé. Vela que los otros también venían haciendo agua. Pero el domingo mismo del match en Rancagua me dio miedo, me puse tan nervioso, que no me atreví a ir"... Lo que decíamos, lo del examen. Mirando la bandera del club que flamea orgullosa en los balcones de la sede, Francisco Julio reflexionó: "Yo sí que puedo decir que tengo 'mala pata'. Me vengo a embromar una rodilla —con lo que la pata me quedó mala— justo en el penúltimo partido".

La mayoría de los muchachos de Wanderers están de acuerdo en que hubo un momento crucial, aquel cuando perdieron con Everton en Viña del Mar. No fue sólo por perder. Total, ese día quedaron a un punto atrás de Colo Colo, nada más. Es que no se trató de una especial superación de los adversarios, sino de un manifiesto decaimiento propio, Picó y Ledesma jugaban lesionados. Juan Félix Martínez acusaba ya las molestias de su hernia. Los albos, aun bajo su rendimiento normal, se mantenían en la punta y La Serena venía degollando. En esos momentos, los jugadores jóvenes encontraron un especial apoyo en la firme moral de Oscar Ledesma. "No importa muchachos —les dijo esa tarde en los mismos camarines de El Tranque—. No está todo perdido. No se preocupen de los resultados de los otros, sino de que ganemos nosotros los partidos que nos quedan".

Ledesma habla jugado antes en Wanderers. De 1950 a 1954. Después pasó a Ferrobádminton y el año pasado jugó en Unión Española. Pero "un viejo amor ni se olvida ni se deja". A comienzos de la última temporada volvió a la querencia porteña. "Tuve que volver yo para que estos niños



Cristián González mira feliz las bien provistas vitrinas del café "Hesperia". Ya puede comerse todos los pasteles que hay en ellas.

LOS CAMPEONES POR DENTRO



Dos de los más antiguos defensores de Wanderers: Dubost y Julio, con el juvenil Jaime Salinas, que jugó algunos partidos este año, "estudian" la maqueta del proyecto de ampliación de Playa Ancha, escenario de los más grandes triunfos del campeón.

fueran campeones", dice feliz el técnico volante wanderino. Y los demás lo cargan por su cuenta. "Calla, "Flaco"... si eres tú el que debes estar agradecido. Si no te "recoge" Wanderers, ¿qué habrías hecho?... ¿adónde habrías ido a jugar?..."

Este es el espíritu que reina en la familia campeona. Si la áspera lucha por el título los mantuvo férreamente unidos, el título mismo estrechó más aún —si cabe— esa simpática unión. Cuando estuvimos con ellos en Valparaíso, en medio de la alegría del triunfo había preocupación por esa hernia de Juan Félix Martínez y por una intervención quirúrgica a que había sido sometido Oscar Ledesma. Ambos estaban "recluidos" en la pensión donde viven, con Emilio Bozalla, recluidos pero no solos, porque un "programa" del resto de los campeones era dar sus vueltas, acompañarlos. En Wanderers "no hay grupos". La "colonia argentina" —Moreno, Bozalla, Martínez y Ledesma— vive más acercada, pero no por eso aparte de los demás. Son los mayores en edad del equipo y cumplen muy bien su papel de guías, de buenos consejeros de sus compañeros.

A Nicolás Moreno, el más silencioso, todos le hacen bromas; aseguran que está "aserruchándole el piso" a José Pérez, porque fue el quien dirigió al equipo en ese match con La Serena, allá en La Portada, cuando el entrenador no pudo ir porque estaba enfermo.

Cuando Pérez "les trabaja la moral" a su manera a los jugadores —a Tobar, porque es un centrodelantero que no



La motoneta de Valentini les sirve a todos. En Wanderers impera la ley de los Mosqueteros. Reynoso y Julio usufructúan de las comodidades del moderno vehículo y de la voluntad del compañero.

Raul Sánchez, Carlos Hoffmann y Armando Tobar son sorprendidos al llegar al Estadio Nacional para integrar la selección azul que jugó con Norrköping. Son tres de los más eficientes valores que tuvo Wanderers en la campaña 1958.

En medio de contagiosa alegría, los wanderinos recuerdan momentos culminantes de la jornada que les dio el título.

hace goles; a Sánchez, porque es un jugador aguerrido que todavía se pone nervioso; a Martínez, porque suelen hacerle goles como esos de Rancagua; a Valentini, porque se vuelve loco; a Reynoso, porque suele desordenarse; a Hoffmann, porque se le va la sangre a la cabeza, etc.—, los muchachos le devuelven la mano recordando aquel episodio de La Serena. "Cuidado, don José —le dicen—, que para ser campeones tuvimos que dejarlo a usted en Valparaíso..."

Para Armando Tobar, el título se ganó, precisamente esa tarde, en La Serena. Y fundamenta su apreciación sarcásticamente: "Me hice un gol en ese partido, que era un gol de campeón. Después de ese gol, ya podía pasar cualquier cosa, menos que perdiéramos..." Es claro que el joven centrodelantero tiene sus dudas sobre si es conveniente repetir otra vez la gracia. "¡Son muchas emociones —dice—. Cuando llegamos al Puerto de regreso de Rancagua y se nos echó la gente encima, yo tenía que amenazarla para que nos dejaran respirar. "Van a ver, les decía... no somos nunca más campeones..."

Ha terminado la tensión de largos meses de competencia. No más concentraciones, ni estar con un pedazo de alma en la cancha y otro en otras canchas, donde jugaban los rivales más peligrosos de Wanderers en la pelea por el campeonato. Viven ahora tranquilamente su alegría y su orgullo de vencedores, sin soberbia, sin poses. Cada cual ha vuelto a sus preocupaciones íntimas. Los lesionados, a mejorarse. Sánchez, a atender a su señora esposa que está enferma. Valentini, a cuidar su motoneta. Tobar, a terminar su casa en el cerro de Santa Inés —"cada partido ganado eran quinientos ladrillos más para mi "castillo", dice feliz—. Julio, a los detalles de su boda. Cristián González, a comer todos los pasteles que le estaban prohibidos, porque tenía que conservar la línea... Martínez, a buscar una buena manera de invertir esos millones que le dio la fortuna en un boleto de lotería, y que quizás sea lo que lo aleje del fútbol. Han vuelto a ser los hombres-niños o los niños-hombres que cubren sus verdaderas fisonomías con una apariencia de "terribles" cuando se trata de defender un partido.





C. GONZALEZ A. TOBAR O. LEDESMA C. HOFFMANN C. REYNOSO A. VALENTINI E. BOZALLA N. MORENO F. MARTINEZ R. SANCHEZ

APENAS finaliza un campeonato surge, como razón natural, el análisis de las bases que apoyaron el título de campeón. En el caso de Wanderers, el trabajo no es difícil. Un título no está forjado sólo de puntos ganados en un año, que al irse acumulando dieron la primacía sobre los demás. Es el resultado lógico de un proceso a veces muy largo. Este es el caso del instituto porfiriano. Se ha dicho que Wanderers hacia tiempo que estaba mereciendo esta estrella de campeón. El concepto involucra implícito reconocimiento a muchas otras buenas campañas que hizo; a varios otros excelentes equipos que tuvo; a una vasta labor de difusión del fútbol en todos los sectores de la provincia; a su plausible

por algún lazo imponderable a su antiguo club, a sus antiguos compañeros y cada vez que sus obligaciones se lo permiten, vuelven a disfrutar de su compañía algunos momentos. Raramente se da el caso de algún jugador que motu proprio busque otros horizontes. Muchas veces, por encima del interés eminentemente profesional, que es muy respetable, ha primado el factor sentimental, que es muy fuerte.

Clubes de esta envergadura, que pueden ofrecer estas intimidades, merecen, pues, ser campeones. Por eso se ha dicho que Wanderers lo merecía desde hace tiempo. Por la calidad de sus equipos, por las bondades de algunas campañas y, sobre todo, por su estructura maciza.

cio mucho más que un conjunto de punch, corredor y batallador. Es un cuadro con una orientación definida, un equipo típicamente moderno, de planteos simples pero claros. José Pérez aprovecha al máximo las condiciones naturales de los hombres de que dispone. Ha hecho lo más criterioso, adaptar un sistema al material humano y no éste a un sistema.

Marcación eficiente, velocidad, movilidad —todos los desplazamientos de los jugadores wanderinos tienen un sentido definido—, sentido de penetración, espíritu práctico, son para nosotros las cualidades resaltantes del campeón. Y da la coincidencia de que son precisamente las que corresponden a los modernos cánones del fútbol.

Si en lo general puede parecer un equipo rudo, un equipo de pulmón exclusivamente, en lo particular es fácil contradecir este concepto generalizado. Las exigencias de sus planteos, las imposiciones del momento, hacen verse así a Wanderers. Pero individual-

mente en cada uno de sus jugadores —en unos más que en otros— están las otras aptitudes, las técnicas, que no son nada despreciables.

Puede faltarle sí madurez, todavía, a este equipo campeón. Es natural que así sea. Revisando la ficha completa del plantel wanderino, se encuentra más de alguna revelación. Hay allí hombres que tienen varias temporadas encima, pero están aun en la edad de la irreflexión, de la vehemencia, de los desequilibrios. Son escasos en nuestro medio los jugadores que se realizan plenamente por generación espontánea. Al jugador nuestro, por características naturales, le cuesta más que al de otros países su formación. Varios muchachos de Wanderers, por mucho que haga tiempo que se les está viendo en el primer equipo, están en ese momento intermedio, entre los balbuceos propios del jugador inexperto y la seguridad del consagrado.

Equipo típicamente moderno, juega con vigor, pero también con calidad y criterio realista. Entre tanto, se prepara una promisorio reserva para mañana.

En el fondo, viene a ser ésta otra cualidad más del campeón. Es un equipo lleno de posibilidades, que está en envidiable situación con respecto a los demás. Wanderers está armado y no tiene problemas de aquí a un buen tiempo.

SI EL CLUB de Valparaíso ofrece un presente brillante, tiene base para aspirar a un futuro igual o mejor. Destacamos esa política avizora, consciente y recomendable, de hacer obra desde abajo. La mayoría de sus actuales jugadores llegaron muy tiernos a Playa Ancha. Allí se les corrigió, allí desarrollaron su personalidad y pullerón sus aptitudes naturales. Coloma, Julio, Dubost, Reynoso, Pico, Tobar, González, Hoffmann, y otros, llegaron a las divisiones inferiores, como en otros tiempos llegaron Guillermo Díaz, Faco Molina, Riquelme, Hugo Núñez. Otros empezaron en la reserva, como Raúl Sánchez. Son pocos los que Wanderers adquirió de otros clubes en categoría de refuerzos, como valores ya realizados y consagrados.

Todos los años Wanderers convoca a una selección de aspirantes a jugadores. Seiscientos, en 1955; mil el 56; setecientos el 57, son cifras obtenidas de los detallistas controles de José Pérez. Aquellos a quienes el experto entrenador "les echa el ojo" son investigados a fondo y los que pasan la ulterior prueba empiezan a ser objeto de la minuciosa preocupación del club en lo médico, en lo técnico, en lo físico y en lo social.

Ya está casi a punto la reserva para mañana. En el Juvenil "A" —que es el verdadero proveedor de elementos para el primer equipo— hay varios muchachos que en cualquier momento aparecerán vistiendo la casaca verde en el elenco profesional, sumándose a los muchos valores propios de Wanderers, a los productos netamente caseros que tan buenos resultados han dado, en todo sentido.

Los juveniles entrenan con el cuadro de honor. Van adquiriendo en esas prácticas el roce necesario para llegar sin complejos en el momento.

(Continúa en la pág. 24)

PRESENTE Y FUTURO

política de no invertir sumas fabulosas para la formación de sus cuadros, nutriéndolos en cambio de productos de su propio y prolífico semillero; a un orden institucional que le permite a Wanderers ser verdaderamente una excepción. El club porfiriano es acaso el único —en todo caso uno de los muy pocos— que está absolutamente financiado y con superávit. Todos son factores que abonan y explican el título. Habría que agregar otros que hemos captado muchas veces en nuestras visitas a Valparaíso. Por ejemplo, que en Wan-

A ALGUNOS equipos les sucede en general lo que a algunos jugadores en particular. Una cualidad sobresaliente apaga a las demás. Y es fácil recaer en injusticias. Es el caso de Wanderers. Su característica principal ha sido, sin duda, la velocidad de sus hombres y de su juego, la intensidad que imprimen a sus acciones. Se ha quedado entonces Wanderers

El título de Campeón conquistado por Wanderers se apoya en sólidas bases construidas en mucho tiempo con visión, seriedad y cariño.

(Escribe AVER)

derers encuentra expresión precisa aquel viejo principio: "la unión hace la fuerza". Es frecuente decir que los equipos de fútbol o los clubes son auténticas familias, pero en la mayoría de los casos no pasa de ser una afirmación benevola o un trasunto de exterioridad que no tiene la misma aplicación en el fondo. En el caso de Wanderers no es una frase hecha ni una benevolencia. Es una realidad genuina y enaltecedora.

A Wanderers están llegando siempre muchachitos de la más modesta extracción, con todas las deficiencias propias de su condición, en lo físico o en lo social. En el club, a través de la preocupación que se les brinda, se hacen hombres fuertes y de bien; se les extrae tarde o temprano de su círculo muchas veces contaminado y se les abre la risueña perspectiva de una vida provechosa y más alegre. Eso lo sienten íntimamente los jugadores wanderinos y acaso contribuye a hacerlos más pundonorosos en la defensa de su insignia. Como dato ilustrativo que redondea esta idea, está el hecho varias veces comprobado de que los pocos jugadores que Wanderers ha transferido se siguen sintiendo atados

impresionado como un conjunto e m i n e n t e mente agresivo, de gran despliegue físico, como un equipo de "maratonistas" incansables. Como en la cita literaria — "Lo árboles no dejan ver el bosque" —, en el caso de Wanderers, la apariencia no deja penetrar en la médula. El equipo campeón de 1958 es a nuestro jul-

